JESÚS DIAGO PUEYO

VIVIR AMANDO

PASO DE COMEDIA

en un acto, dividido en tres cuadros, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

13

VIVIR AMANDO

VIVIR AMANDO

PASO DE COMEDIA

en un acto, dividido en tres cuadros

ORIGINAL DE

JESÚS DIAGO PUEYO

Estrenado en el TEATRO BARBIERI la noche del 8 de Julio de 1916



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

A la Excma. Señora

Doña María Luisa Diago y Terry del Val,

Marquesa de la Cañada y de San Martín de la Ascensión.

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSARIO	SRA.	COBOS.
NIEVES		ARMENDARIZ.
LAURA	SRTA.	GÓMEZ.
ADOLFO	SR.	PUEYO.
LIBORIO		DIAGO (M.)
ARMANDO		MARTÍN (F.)
PEDRO		MARTÍN (M.)
EUSTAQUIO		HUERTAS.
UN CARTERO		MARTÍNEZ.

El cuadro primero en un pueblo cerca de Madrid, el segundo pasados dos años, y el tercero en el Hospital de la Princesa, de Madrid, después de diez años

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Sala con puerta al fondo; al lado de la puerta una ventana reja con tiestos: al fondo telón corrido figurando un jardín; laterales una puerta en cada una; objetos, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

En la estancia aparecen DOÑA ROSARIO, NIEVES, cosiendo

ROS. Qué horas más esperadas son las que pueden servir al espíritu alguna alegría, ¿verdad?

NIEV. Dices bien, querida tía; yo en pensar que llega hoy Adolfo estoy contentísima.

ROS. Hoy viene y vendrá como siempre: alegre, satisfecho, mostrándonos la nota de calificación que él estima como el emblema de su trabajo, ese trabajo intelectual que nunca se agota, y por el cual suspiramos todas las madres, que largos disgustos y grandes estipendios nos cuestan.

NIEV. Sí, pero tía, no puedes resentirte de tu suerte; tu hijo es bueno, todos los años saca matrícula de honor; podemos decir que su carrera cuesta la mitad que a otros condiscípulos suyos; será cuando sea médico un hombre de conciencia, y, además, será un buen esposo, eso sí, porque a su inteligencia se une un corazón grande y noble.

ESCENA II

DICHOS, UN CRIADO y luego LAURA

ROS. (Llamando a Liborio.) Vé por el caballo para ir a la estación.

LAURA (Entrando.) Buenos días, ¿van ustedes todos a esperar al simpático Adolfo?

NIEV. No, es imposible de mi primo que no tolera que vayamos a recibirle.

ROS. (Dirigiéndose a Nieves con cariño.) ¿Por qué no vas con Laura a recibirle?

NIEV. Experimento más gozo y alegría al verle entrar por esa puerta, con el sombrero de alas caídas inclinado hacia el lado, exclamando: «Ya estoy aquí, venid a mis brazos» y entonces mi tía y yo, como si alguna fuerza magnética nos empujase, vamos a caer en los brazos de él, como si de tan larga ausencia viniera a sobrevivir entre nosotros.

LIB. (Entrando, con marcado acento aragonés.) El caballo está como para marcharse solo, y da cada resoplido que paice que güele al señorito: «si vieran con qué ojos de repillo me miraba.»

ROS. Siempre lo mismo, muchacho; ¿pero cuándo vas a modificar tu conducta entremetiéndote en cosas que son para ti ajenas? (Mirando al reloj.) Ves, con tu charlar temo que llegues tarde.

LIB. Disimule la señora, pero semos así: rudos, pero corazón.

NIEV. (Dirigiéndose a su tía.) Mientras tú arreglas el desayuno, contaré a Laura su historia.

ROS. (Dirigiéndose a Laura.) Me perdonará que abandone por breves instantes su presencia.

LAURA Con gusto, doña Rosario.

NIEV. Ese hombre que has visto vestido tan modestamente, su historia es muy amena, por las personas que han intervenido en su existencia.

LAURA ¿Será emocionante?

NIEV. Verás: nació de unos amores extraviados que su madre tuvo con un marqués; ella, la

pobre, al verse abandonada vilmente por el hombre que había velado su pureza, y no pudiendo sostener con su trabajo el hijo habido de aquél paso de amor, decidió a impulso de unos amigos a depositar a su hijo en un establecimienro de beneficencia; su hijo ingresó en él, y a medida que el tiempo transcurría, la madre hacía indagaciones sobre el paradero del marqués; más tarde, supo que había muerto en un duelo producido por la disputa del juego entre un torero y él; muerto éste, la madre continuó con su trabajo para su sostenimiento, mas un día se desencadenó tal tormenta, que hallándose en las faenas del campo, cayó una exhalación y murió; su hijo, día tras día, iba creciendo y borrándose lentamente de su memoria la imagen de su madre. Si vieras cómo la recuerda. (Llora.)

LAURA No llores, Nieves.

NIEV. Qué dulce sonido produce al oído la palabra madre; también yo me acuerdo de la mía.

LAURA Cesa de llorar, amiga mía; no creyera yo que te impresionase tanto.

NIEV. (Secándose las lágrimas.) Un día se inició un incendio en la casa del Hospicio, y todos los hospicianos trabajaron sin cesar hasta su sofocación; pero cuál no sería la sorpresa de las personas que lo presenciaban cuando vieron que todo ensangrentado, a causa de una madera caída en la cabeza de Liborio, salía éste, con una criaturita casi asfixiada; todos, presos de la emoción, aclamaron a aquél héroe, que exponiendo su vida en aras de la humanidad, salvaba la vida de aquél desgraciado; mi tío, que a la sazón era director del establecimiento, lo tomó de criado por ese rasgo tan laudatorio, y ahí le tienes, que ha visto nacer a Adolfo, a quien adora y quiere entrañablemente.

LAURA Todos le expresaréis cariño.

NIEV. Todos; y yo le hago hasta mi confidente.

LAURA Ya comprendo: confidencias de amor, ¿no sabía?...

NIEV. De amor intenso, sí.

LAURA — Qué acento tan marcado pronuncias, parece que si en ese amor hubiese obstáculo...

NIEV. — El principal; mi amor no es correspondido, mi querida Laura.

(A lo lejos se oyen ruidos y murmullos.)

ESCENA III

DICHOS, DOÑA ROSARIO, ADOLFO, LIBORIO y Varios

ROS. — (Saliendo.) Aquí llega Adolfo.

ADOL. — (Entrando con el Criado y demás amigos y amigas.) Venid a mis brazos.

(Acuden Rosario y Nieves.)

LIB. — (Señalando a Adolfo.) Mira qué majo viene el perillán y cuántas cosas trairá pa reirnos, ¿verdad, señorito?

ADOL. — (Separándose de Rosario y Nieves.) Gracias a todos mis buenos amigos y amigas; deseaba minuto por minuto hallarme entre vosotros, que os considero pedazos de mi corazón; mi anhelo todos lo sabéis, hartamente lo llevo manifestado cada vez que regreso de la facultad. (Saca del bolsillo un papel mostrándolo.) Siguiendo mi costumbre, cual sabéis, os muestro conmovido el triunfo de este año: tres sobresalientes y dos matrículas de honor. (Las entrega a su madre.) Une, madre querida, ese testimonio de mi trabajo al legado que reservas «y quieres como si fuesen trozos de tu alma.»

LIB. — (Que está profundamente emocionado.) Ridiez, como supiera mi torpe lengua dicile lo que piensa mi mollera, le enreligaba un párrafo que le dejaba patitieso.

TODOS — (Le van estrechando la mano y vanse.)

ESCENA IV

DOÑA ROSARIO, NIEVES, LAURA y ADOLFO

NIEV. — Vendrás fatigado, Adolfo. (Se sienta.)

ADOL. — (Sentándose.) No, es cuando siento más tranquilidad en mi espíritu, cuando exhalo el

oxígeno puro de estos valles, y no allí, en ese Madrid donde la atmósfera parece niebla, donde el hombre gasta sus energías, donde lucha, donde padece.

LAURA Adolfito, ¿y qué repertorio hay este año?

ADOL. Os iré explicando el género que va a reinar.

ROS. (Levantándose.) Como lo que tratáis no atañe a viejos os abandono.

ADOL. No, mamá.

ROS. (Saliendo.) Voy a la cocina a dar órdenes. (Vase.)

ADOL. Pues bien, querida primita y Laura, este año traigo tangos, soleares y cuplés de la Argentinita y otras afamadas estrellas que eclipsan aquellas multitudes, es decir, eclipsar no, he de decirlo mejor, «estrellar» porque tenemos una Imperio que aparte de valer un ídem, resulta Pastora de muchos borregos.

NIEV. (Abrazando a Adolfo.) Cuánto sabes, primito mío.

LAURA (Disponiéndose a salir.) Vaya, voy a casa a dar la nueva de que ha llegado Adolfo, y esta tarde nos tenéis aquí para que nuestro ilustre doctor en ciernes, nos manifieste todo ese raudal de cosas que solo tienen esas grandes orbes, donde tan feliz se vive.

LOS DOS (Saliendo hasta la puerta.) Adiós, hasta la tarde. (Vase.)

ESCENA V

ADOLFO y NIEVES

ADOL. (En la puerta contemplando el panorama.) Hermosa mañana; cómo despiden las flores sus fragancias, cómo reanima el espíritu su tranquilidad, cómo se inflaman los pulmones al renovar este purísimo aire, y la vista cómo se siente con esa magnitud al contemplar el paisaje apetecido.

NIEV. Cambiado lo encontrarás todo; ayer en tu Madrid, hoy aquí, donde a pesar de que te halague esta soledad, te aparece en la luz de tus ojos una silueta de tristeza que hace pensar que hay oculto algún amor.

ADOL. Dices bien, el amor no es más que un paréntesis de la vida; ¿qué fuerza nos impulsará a no ceder de nuestra ilusión? A cada amor un imposible, y a cada imposible surge el amor; al ser le hace falta el impulso de su corazón para vivir, no deja de ser menos necesario un amor que aliente el corazón, que le vigorice, irá su existencia tomando cuerpo hasta extinguirse sus materias dejando libre el espíritu para perpetuar la memoria del ser querido.

NIEV. ¿Y si el amor está oculto y no sale a la superficie?

ADOL. (Mirándola.) Amor: ¿has sentido amor?

NIEV. Sí, y sólo el hombre que observe en mí, él sólo podrá descifrar mi secreto.

ADOL. (Sacando un papel.) (A ti.) Pues mira.
Yo no sé por qué desconocido
misterio de mi alma en la blancura,
de la página escrita con enojos
su imagen retrata y su hermosura,
miré del sol, y los matices rojos
al tiempo que la voz de la campana
de la gótica torre del convento
(Se oye la campana que tañe a misa y se descubren.)
llamaba la oración nunca liviana,
con sus sones metálicos decía
como la carta de mi amor: «lo siento».
Porque ella en aquel punto se moría,
extinguida la luz, que pudo un día
ser el sol inmortal del sentimiento.»

NIEV. ¡Dichosa será aquella que tu amor le des!

ADOL. Tan dichosa cuan yo desgraciado.

NIEV. (Aparte y dirigiendo la mirada al cielo) ¿Seré yo, Dios mío?

ADOL. (Aparte.) ¡Que no piense en mí, cielo santo!
(Hacen mutis por las puertas laterales.)

ESCENA VI

LIBORIO, después ADOLFO

LIB. (Entrando.) Ridiez y qué ganas tengo de plantame en Madrid; cuánto se aprende, cuidiau ques intrínculis este del señorito, (Dirigiéndose

al público.) lo que sabe, güeno, lo sabe porque... se lan enseñau; me decía: los bodorrios son una cuentecica darimética. Suma de obligaciones, resta de libertades, multiplicación de gastos y división de paiceres. Pues buscándole el intrínculis desta enredadera, se ma salido desta testa tan gorda que tengo, y que sólo ha de valer pa partir nueces con la frente, despiazar esa cuentecica, lo que resta lo paso a suma, la suma la paso a resta, y después, la división, la paso a multiplicación. Así me caso y se aprende la operación. Suma de libertades, resta de obligaciones, multiplicación de paiceres y división de gastos. Ridiez, cómo se regla este mundo, miá por dónde los dos tendremos los mesmos derechos y gastaremos ca uno como quiera; na, el que no juelve en este mundo con la pilota ese... ese está manco.

ADOL. (Saliendo) Teoría baturra.

LIB. (Al verse sorprendido hace que busca algo.)

ADOL. Pensando lógicamente no te falta razón, ahora que también presumo que no son cosas de tu mente.

LIB. (Rascandose la cabeza.) Miusté, señorito, yo lo que quió es dar en el clavico para cuando me case salirme con la mía.

ADOL. ¿Y piensas casarte? Eso es un cataclismo.

LIB. Pues un cartelclismo y bien trajau, en que tropice con un arrapiezo que me quiera mi casa, así juera yo usted a usted que sí lo quieren.

ADOL. (Aparte.) (Ya sé dónde vas.) ¿Qué sabes tú?

LIB. Qué cosicas tiene usted que sé yo, más que usted; miusté, señorito, la lluvia cuando cae, va a parar al riachuelico, del riachuelico va a la zaiquia, de la zaquia al río, y del río al mar; como allí icen cai dos reguluciones, la de arriba y la de abajo, al juntarse se estrellan, y miusté qué cosa, señorito, siempre gana el mar, porque lleva más agua quel riachuelico.

ADOL. (Sorprendido.) Hermoso pensamiento, no niegas el origen, lástima de cabeza no esté cultivada, la idea es grande, tan grande como la fe que has puesto al expresarla, el río lle-

vará agua, y el agua sé dónde va. (Con tristeza.)

LIB. Miusté, señorito, sabiendo dónde va el río, tenga cuidiau no se salga de madre. (Sale corriendo por la puerta.)

ADOL. (Sentándose.) Con intención marcada me ha demostrado que mi amor está en mi prima: infeliz; el amor es uno, pero hay muchas copias. (Se oye el tañer de la campana. Telón lento.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

La misma escena que el anterior cuadro

ESCENA VII

LAURA y NIEVES, después LIBORIO

LAURA ¿Y dices que tu resolución es irrevocable?

NIEV. Sí, sola tú, amiga Laura, sabes lo mucho que sufro; ví al nacer en mí ese amor, que iba a ser un imposible más, pero Adolfo me fascinaba, me desdeñó, así que mi corazón está saturado por sus desengaños; sus amores con esa desgraciada Pura han traído a este hogar la desventura.

LAURA Al corazón no se le puede poner freno, él sólo manda en el pensamiento; tu primo ha encontrado en Pura esa simpatía provervial en esos espíritus que electrizan, le ama, y ese amor le lleva al precipicio y a ti al claustro.

NIEV. Como en ti deposité mi confianza desde la niñez, te comunico este mi último secreto; escribí a Adolfo el otro día pidiéndole una vez más su cariño, no rasgara el último velo de mi ilusión; y hoy recibo esta carta. (La saca del pecho y lee.)

«La última carta. Ya ves cómo la titula.
En tu postrera epístola, «lo siento»
no me escribas jamás, la suerte impía,

ha extinguido la luz que pudo un día
ser el sol, para ti del sentimiento.
Lo siento porque me amaste,
borra del alma tu ilusión primera,
nunca recuerdes el amor perdido,
las horas de deleite en que soñaste
subir conmigo a la dorada esfera.
Así, pues, Nieves querida,
no me preguntes qué tengo
ni dónde voy, ni si vengo
de la muerte o de la vida;
la historia tan pretendida
de vida tan arrastrada,
conoces ya, Nieves amada,
y sabes exactamente,
por qué hay nubes en mi frente
y tristeza en mi mirada;
borra del alma tu ilusión primera
nunca recuerdes el amor perdido,
ni las horas de deleite en que soñaste
y el tiempo perdido que me amaste.»

LAURA Aleja de ti toda ilusión, ingresa en un hospital como Hermana de la Caridad, ya que tu resolución es irrevocable; tu primo ha muerto para ti, tú, fiel a las promesas de tu amor, has muerto para el mundo.

NIEV. (Rasgando la carta.) Mañana, Laura de mi alma, dejaré de ser Nieves; voy a ingresar en el Hospital de la Princesa de Madrid, daré el último adiós al mundo, consolaré a los enfermos, y rogaré a Dios en mis horas de meditación por todas las necesidades de mi familia.

LIB. (Entrando con un bulto, disponiéndose a viajar.) Vengo a decirle adiós, señorita; me separo de ustedes para siempre, y, cumpliendo los mandatos de hombre agradecido, entro a despedirme de ustedes; nunca olvidaré lo que debo a ustedes; en esta casa encontré el apoyo que necesité para hacerme hombre, clavado lo llevo aquí (Señala el corazón.) ese rasgo de gratitud; al casarme yo, y usted enclaustrarse, nos separamos para siempre; ¡quién había de decir que el señorito fuese tan desalmado!; verdad que los crímenes del amor no debían de quedar impunes, cuan-

do todos sabemos que por esta causa mueren más seres que de todas las enfermedades conocidas, (Llorando.) que sabemos los hombres la grandeza de un amor puesto en el corazón de una mujer; ya decía el perillán, el amor es uno pero hay muchas copias.

LOS DOS (Cogidos de las manos.) Adiós, Liborio, y sé feliz.

LIB. (Desde la puerta.) Lo dijo Campoamor, son flores con alma las mujeres.

(Telón corrido.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Escenario partido; el de la izquierda figura un Hospital, con pabellones en forma de camas, el de la derecha, con bancos y enfermos (un dosel con un Santo Cristo).

ESCENA VIII

ARMANDO, PEDRO, EUSTAQUIO; después SOR ASUNCIÓN

ARM. (En el escenario de la derecha con los demás enfermos; en el de la izquierda, solo Adolfo en una silla, «convaleciente».) Qué buena es Sor Asunción, ya veis qué bien nos trata.

PEDRO Mejor trata a ese señorito que entró el otro día; pa mí que hay gato encerrado.

EUST. Dicen que fué su novio.

ARM. Callad, que viene Sor Asunción. (Entra.)

ASUN. Buenos días, enfermitos, qué deseos de salir hay.

TODOS Deseando, Sor Asunción.

ASUN. Voy a dar la medicina a este enfermo. (Entrando.) ¿Qué tal, Adolfo?

ADOL. Bien; esta noche he sentido pesadilla, y qué recuerdos venían a mi mente.

ASUN. Solo debes pensar en curarte, la herida está ya cicatrizada.

ADOL. (Mirando a Asunción.) Es el vacío de tu amor, Nieves.

ASUN. Murió ese nombre para mí, soy Sor Asunción.

ADOL. Sin darme cuenta renaces en mí como el lirio de la Anunciación; te veía en el viejo comedor de mi casa, bordando sobre la seda de un pañuelo mi nombre, con tus manos de nardo, tu carita pálida, donde resaltaba la dulzura de tus ojos y el cerco cárdeno de tus ojeras hondas, te veía cruzar como una sombra amiga y familiar por los largos salones llenos de sonoridad, en dirección a tu alcoba virgen, para allí llorar tu desconsuelo con sollozos hondos, mudos, que estremecían todo tu cuerpo. Ahora, a través del tiempo y la distancia, siento una pena honda, como las hondas melancólicas de los bordones de las falsetas gitanas recordando aquella desolación de tu espíritu y aquella mi negra ingratitud.

ARM. Veis, han sido novios.

PEDRO Valiente pájaro debe estar él, cuando en la verbena le dieron la puñalada.

EUST. No nos metamos en vidas ajenas, dejadles, vamos al jardín (Mutis)

ASUN. Es demasiado tarde, Adolfo, no pienso más que en Dios, toma la medicina y voy a continuar mi trabajo con los otros enfermos.

ADOL. Sea. (Toma la medicina.)

ASUN. Hasta luego. (Vase.)

ADOL. Adiós.

ESCENA IX

ADOLFO; luego ARMANDO, PEDRO, EUSTAQUIO; después CARTERO

ADOL. La he perdido cuando empezaba a ser bueno. (Levantándose de la silla.) Vamos, ya puedo andar.

ARM.
PEDRO
EUST. } (Entrando.) Ya vamos bien, don Adolfo.

ADOL. Ya bien; dentro de poco les abandonaré.

ARM. Nosotros nos vamos hoy a las once; cuando pase visita el médico nos dará el alta.
ADOL. ¿Llevaban ustedes mucho tiempo?
ARM. Yo dos meses.
PEDRO Catorce días llevo yo.
EUST. Yo soy el más viejo, llevo nueve meses.
ADOL. Estoy deseando ponerme bien para irme a restablecer a mi pueblo, allí tengo un amigo que me escribe constantemente excitándome a que me vaya pronto.
CART. (Entrando.) Don Adolfo, una carta.
TODOS Adiós, don Adolfo, hasta si nos vemos alguna vez.
ADOL. Adiós, amigos. (Danse las manos y mutis.)

ESCENA X

ADOLFO; después SOR ASUNCIÓN

ADOL. (Leyendo la carta.) «Apreciable don Adolfo. Ya sabemos por Sor Asunción que está usted mejor, deseamos vivamente llegue el momento de su salida para esta casa, que lo es suya; mis hijos tienen deseos de conocerle, les hablo siempre de usted y de Sor Asunción. La señorita Laura se casa uno de estos días con Jacinto el veterinario. Ayer estuvimos en el cementerio a poner unas siemprevivas en la tumba de su buena madre. Animo, don Adolfo, y saben le esperan los brazos de su servidor, *Liborio.*» ¡Pobre madre mía!, si supiera cuánto he sufrido me tendría compasión; dejaste este mundo tan falaz cuando más necesitaba de ti. (Se sienta.) Laura se casa, lo celebro mucho, sé lo buena que es, y será feliz en su matrimonio. Liborio es el de siempre, ha nacido para mí, y, yo, agradecido de todo, iré a darle un abrazo, me quiere mucho, compartió su niñez con la mía, somos como hermanos, dichosos tiempos, se disiparon cual humo. (Se oye una campana y se levanta.) Voy a la visita. (Despacio sale y vase.)
ASUN. (Entrando, ve la carta y la lee, saca el pañuelo y enjuga una lágrima.) Ya se marcha errante por

esos mundos de Dios. Laura se casa; ¡cuánto me acuerdo de ella y rezo para que Dios le dé su protección! De Liborio también me acuerdo. (Llorando.) Ayer puso flores en la tumba de mi pobre tía. ¡Qué tristeza tengo en el corazón!

ADOL. (Entrando.) Yo que te he visto llegar con tu andar lento, de lecho en lecho prodigando cuidados y consuelos como un ángel de Caridad, que junto a mi lecho te has detenido largo tiempo, rezando y apartando con tus manos de reina los cabellos revueltos que caían sobre mi frente; cuando la gravedad pasó, me hablaste del pueblo, de las amigas que se iban casando, y ahora, cuando más necesito de ti, tengo que abandonarte.

ASUN. ¿Ya te vas?

ADOL. Pronto, demasiado pronto; quisiera quedarme aquí definitivamente; que tú fueses mi enfermera y hablar alguna vez como ahora, con el pecho lleno de recuerdos.

ASUN. Es imposible, Adolfo, te quise, te querré siempre, ya ves, no sé mentir, pero es inútil: puse el alma entre tus manos y tú la destrozaste con una crueldad sin nombre; ya nunca más en la tierra.. si en el cielo nos encontramos ¡entonces!

ADOL. Lejos de aquí no volveremos a vernos, pero tu recuerdo pondrá suavidad en mi alma, y despierto o dormido tú pasarás por mis sueños como una visión mística, por el encanto de lo imposible.

ASUN. ¡Yo también me acordaré de ti en mis oraciones!

ADOL. Yo siempre, porque te llevo en el corazón.

ASUN. ¡Por Dios!

ADOL. No te asustes, en este momento último de nuestra vida, porque ya nunca volveremos a vernos, es inútil fingir; sobre tus rezos, sobre la inquietud del pecado y de la muerte, mi recuerdo se alza triunfante en tu alma, porque el amor está sobre todas las cosas.

ASUN. (Se santigua y se arrodilla ante el Crucifijo. Adolfo sale y dice desde la puerta:)

ADOL. ¡Adiós, Nieves de mi alma! ¡rosa de pasión que te marchitas en las salas heladas y trágicas de este Hospital; en mi paisaje interior guardo tu imagen pura y aromada como una azucena! ¡Dejé pasar la felicidad sin conocerla! ¡perdóname, ahora que empiezo a ser bueno, es demasiado tarde! (Vase despacio y con el pañuelo en los ojos. Telón lento.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta